
CRÓNICAS / CHRONICLES

**Crónica, en recuerdo de Esteban Hernández Esteve, “el maestro” en el tercer
año de su fallecimiento**

¿SE LAVABA ISABEL LA CATÓLICA?

Un ensayo desde los libros de cuentas

Pero... ¿para qué sirve todo esto?

Jorge Tua Pereda

jorgito.tua@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-0241-0105>

Universidad Autónoma de Madrid

Contabilitas humilis professor

Cum emeriti conditione

Belén Senés García

elviraleonleon@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-7129-1779>

Universidad de Granada

Fruens reditum ad historiam

SUMARIO

NOTA PREVIA: PRESENTACIÓN Y AGRADECIMIENTO

- Cádiz, Encuentro de Historia
- Para bien o para mal, se trata de un ensayo
- Ausencia de referencias bibliográficas
- Agradecimientos

Esteban Hernández

Los portadores de la antorcha

Retrato de la Reina

El Camarero (o Camarera) Mayor y sus libros de cuentas

- La Cámara Real y sus servidores
- El Camarero Mayor
- Los libros de cuentas del Camarero
- Un palacio, joya del barroco
- El archivo histórico de los Golfines

Señoras muy nobles e ilustres en la Cámara

- Camareras en la corte

Beatriz Galindo

Violante de Albión

- Otras cortesanas no camareras

Beatriz de Bobadilla

Teresa Enríquez

LOS LIBROS DE CUENTAS HABLAN

- Perfumes adquiridos por el Camarero
- Jabón y otros productos de aseo e higiene personal

DESMONTANDO LA LEYENDA

- Se lavaba abundantemente
- Parece poco serio. ¿En qué quedamos?
- Popper tenía razón
- Conclusión: el perro está rabioso, o no lo está
- Itaca. Lo importante es el recorrido

Entonces, ¿sirve de algo todo esto?

- La Historia de la Contabilidad, vía privilegiada...
- Los hechos se ven de otra manera al conocer la historia que encierran
- Un tercer argumento: la toma de decisiones

Epílogo, a modo de conclusiones

- De la primera parte: la higiene de la reina

De la segunda parte, corroborando las tesis del maestro

¿Se lavaba Isabel la Católica?

Un ensayo desde los libros de cuentas

Resumen: El contenido de los libros de cuentas de su Camarero Mayor, Sancho de Paredes, que se encuentran en Cáceres, nos permite entrar en el tocador de la Reina Isabel y desvelar alguno de sus secretos.

Con ello corroboramos de nuevo una, quizás la principal, de las muchas lecciones que nos dejó el maestro, Esteban Hernández: la Historia de la Contabilidad nos muestra la vida, a través de los asientos registrados en los libros y, además, nos aporta una visión diferente, más enriquecedora y satisfactoria, de los hechos pasados, base de las realidades actuales.

El artículo, por tanto, está concebido como un homenaje en recuerdo de Esteban, coincidiendo con el tercer aniversario de su fallecimiento

Palabras clave: *Historia de la Contabilidad, Esteban Hernández Esteve, Cámara Real, Isabel la Católica, perfumes medievales, tocador de la Reina.*

Abstract: The account books of her Chief Waiter, Sancho de Paredes, found in Cáceres, allow us to enter the boudoir of Queen Isabella the Catholic and reveal some of her secrets.

With this, we once again corroborate one of the many lessons that our teacher, Esteban Hernández, left us: the history of accounting shows us life, through the entries recorded in them and, furthermore, it gives us a different, more enriching and satisfactory, vision of past events and current realities.

The article, therefore, is conceived as a tribute in memory of Esteban, coinciding with the third anniversary of his death.

Keywords: *Accounting History, Esteban Hernández Esteve, Royal Chamber, Isabel la Católica, medieval perfumes; the queen's dressing table*

NOTA PREVIA: PRESENTACIÓN Y AGRADECIMIENTO

✓ *Cádiz, Encuentro de Historia*

En octubre de 2025 celebramos en Cádiz el XIV Encuentro de Historia de la Contabilidad, en el que este trabajo se presentó como comunicación. Meses más tarde, en febrero de 2026, lo enviamos a la Revista *De Computis*, que probablemente lo publicará como una crónica, en el próximo mes de junio, coincidiendo con el tercer aniversario de su fallecimiento.

Nuestro modesto trabajo sigue así un itinerario muy recomendable: conviene que cualquier aportación de este tipo comience su trayectoria siendo presentada en algún foro de discusión, como es aquel Encuentro, o los muchos eventos similares que existen en nuestro país y en el extranjero. Hacerlo suele ser una importante piedra de toque, pues cualquier intervención en público supone un esfuerzo adicional de reflexión sobre el trabajo, al que se unen las aportaciones que suelen recibirse de los colegas, siempre atinadas y rigurosas.

✓ *Para bien o para mal, se trata de un ensayo, sin referencias bibliográficas*

Por otro lado, el artículo que el lector tiene ante su vista es un ensayo. Se trata de un género literario, con una forma de expresarse, tan dignos como cualesquiera otros, pero sin una lista de autores que nos rinda cuenta de las fuentes utilizadas. Parece, al menos en el proceder de algunos, que sin una buena lista de referencias documentales no se puede hacer un trabajo científico de calidad. Tampoco es este lugar para explayarse en una loa de las bondades del ensayo como género literario, ni en una enumeración de los retos y dificultades que plantea a sus autores. Nos conformamos con recordar que el hábito no hace al monje, y que, si le damos mucha importancia a las citas, el autor puede inflar deliberadamente las referencias bibliográficas.

Soslayamos la discusión, pues posiblemente esta cuestión no aporte otra cosa que acabar, como dice el dicho, con la cabeza caliente y los pies fríos. Aunque sí nos parece lógico que, al menos, reconozcamos que ha sido la comodidad la que, una vez más, nos ha llevado a elegir esta forma de escribir, que practicamos y defendemos desde que supimos que, en su edición de 2001, la RAE definía el ensayo como:

“Escrito en el cual un autor desarrolla sus ideas sin necesidad de mostrar el aparato erudito”.

Coincidimos, por tanto, con Cervantes cuando en el prólogo del Quijote ironiza sobre este asunto. Al igual que en su caso, este artículo nuestro se encuentra:

...falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes.

Leídos y elocuentes puede que seamos. Pero si hacemos caso a Camilio José Cela, ¿“eruditos”?... ¿no sería mejor tildarnos de “erudos”?, pues ambos autores -especialmente uno de ellos- tenemos ya un amplio recorrido, al menos en años, aunque también en kilómetros y, por qué no, en múltiples y fecundas vivencias, la mayoría positivas y todas ellas constructivas.

No obstante, y sin menoscabo de su condición de ensayo, es de justicia mencionar al menos una referencia bibliográfica: nuestro modesto trabajo se apoya decidida y especialmente en la aportación al respecto, ciertamente meritoria, de Miguel Ángel Ladero Quesada, catedrático de Historia Medieval y académico de la Real Academia de la Historia.

✓ *Agradecimientos*

Por otro lado, esta presentación previa ni puede ni quiere omitir un muy justo y por tanto, necesario, capítulo de agradecimientos: al maestro y, también a quienes han seguido su magisterio, organizando Encuentros o investigando en el fecundo pasado de la disciplina contable.

Esteban Hernández

La primera manifestación en este sentido no puede tener otro destinatario que el maestro. No creemos que nadie que le haya conocido se rasgue las vestiduras si afirmamos que pensamos en él cuando leemos el comienzo del evangelio de San Juan:

“Todo fue hecho por Él, sin Él nada se hizo”.

Contundente frase, pero no menos que su continuación, que encontramos en el texto evangélico, casi a renglón seguido, un poco más adelante;

“Cuanto ha sido hecho, en Él es vida, y la vida es la luz de los hombres”

Presumimos, y no nos parece una presunción excesiva, que cualquiera que haya andado recientemente en los circuitos por los que ha discurrido el *boom* de la Historia de la Contabilidad en las últimas décadas, tanto en España como en América Latina, habrá caído en la cuenta de que me estoy refiriendo al maestro, Esteban Hernández. Y presumimos que aquel cualquiera conoce sobradamente la razón de nuestra afirmación: todo cuanto ha sido hecho en historia de la contabilidad, tiene mucho que ver con su ciclópea obra.

Tiene que ver, en primer lugar, porque el autor, a buen seguro, será hijo, nieto, incluso bisnieto intelectual de Esteban; también tiene que ver por el tema tratado que, seguro que estará, a veces insinuado, pero la mayoría de las veces, expreso, en su repertorio.

Además, seguro que también tiene que ver con la bibliografía que el autor haya utilizado. Porque no será difícil probar que también tiene relación con Esteban. Apostamos a que una buena parte de las fuentes documentales que utilice cualquier autor en historia tiene algo que ver, hunde sus raíces en aquel libro rojo, editado inicialmente por el Banco de España y reeditado luego -muy oportuna y mercedamente- en otros medios.

Quizás, *mutatis mutandis*, no sea casual que el libro del maestro sea del mismo color que el libro rojo de Mao, por cuanto tiene de icono de culto, de ideario programático y de obra que conviene llevar siempre en la faltriquera.

Su título, modesto, como era Esteban con sus cosas, no hace justicia a su contenido; más que “Contribución al estudio de la historiografía contable en España”, debería haberse llamado “Tratado enciclopédico sobre historiografía...”

Todo, absolutamente todo está en ese “librillo” que, en nuestro ámbito también es equiparable a *L’Encyclopedie* de Diderot y D’Alambert: un chupinazo previo, un pistoletazo de salida, que da comienzo a una fascinante carrera tras el conocimiento, es decir, tras el saber... en nuestro caso, en historia de la contabilidad.

Por esa razón, el objetivo principal del artículo, que el lector tiene ante sus ojos, no son los usos y costumbres de aseo personal de la soberana; lo importante es que este punto de partida, realmente anecdótico, nos permite recordar y corroborar muchas de las lecciones que nos dejó Esteban Hernández, el maestro, como, por ejemplo -y muy especialmente- aquella afirmación, que, repetía siempre que tenía ocasión:

“La historia de la contabilidad es una vía privilegiada para conocer la vida a través de los libros de cuentas...”

Y no podía ser de otro modo, también en esta ocasión: unos asientos contables, de un libro de cuentas del Camarero Mayor de la Reina Católica que, con caligrafía de puntilloso esmero, registran los gastos incurridos en su círculo próximo, vienen a incidir en aquella vieja leyenda que sostenía que Su Majestad no había visto de cerca, ni por asomo a lo largo de su real vida, una bañera dónde lavarse.

Para tratar de averiguarlo, tenemos un montón de asientos en un libro de cuentas, que, cual, si se tratara de una potente máquina del tiempo, nos permiten, como el diablo cojuelo, fisgando de tejado en tejado, adentrarnos en la Cámara de la Reina Católica, asomarnos a su “toilette” y cotillear, uno a uno, los tarros y frascos que allí podemos encontrar, agolpados seguramente en un cofre, casi un armario, forrado en su interior de paneles de cedro y tela decorada de alemaniscos.

Esteban tenía razón: a través de los libros de cuentas, cuando los analizamos, nos asomamos no sólo a unos asientos de antaño, nos asomamos también y muy especialmente, a la historia, a los hechos de antaño, a la vida pasada...y vemos esa vida con notable precisión y nitidez.

En definitiva, con este trabajo, hecho con ilusión, afecto y agradecimiento, rendimos homenaje a nuestro querido Esteban, y lo hacemos en *De Computis*, la revista que él mismo creó y dirigió casi hasta su fallecimiento, tres años después de su partida.

Los portadores de la antorcha

Esteban nos dejó, como es bien sabido, y como venimos comentando, una doble y muy completa infraestructura, conceptual y material. No se puede pedir más. Aunque la vertiente más rica de su legado es la conceptual, por lo que respecta al hilo conductor de nuestro argumento, señalamos aquí la segunda de estas infraestructuras, la material, dónde, junto a la Revista *De Computis*, y el Premio Enrique Fernández Peña de Historia de la Contabilidad, los Encuentros ocupan un lugar destacado, por cuanto tienen un importante efecto multiplicador en la producción de trabajos en nuestra materia y en cualquier otra rama del conocimiento.

El primero de estos Encuentros de Historia, en el que ya se vislumbraba una vocación de permanencia, tuvo lugar en Sevilla; luego, vino Miraflores de la Sierra (1992), evento a partir del que comenzó una secuencia bienal que, aunque con alguna interrupción, acaba de celebrar su décimo cuarta edición.

Entonces, el segundo nivel de agradecimientos no puede ser sino para los portadores de la antorcha, que han hecho posible la continuidad de la saga, de modo que hemos conseguido que el Encuentro de Historia de la Contabilidad, se institucionalice, como uno de los mecanismos de generación de conocimiento -importante, realmente- esperado, querido, alentado y aplaudido por todos cuantos militamos en las huestes de la historia y, desde luego, también por los miembros del gremio contable quiénes, voluntariamente o, al menos, por osmosis, están ya considerablemente sensibilizados con la historia de la disciplina a la que se dedican, en las aulas, o en primera línea de fuego de la práctica profesional.

Todavía nos queda algún nivel adicional, que no queremos omitir: agradecemos muy efusivamente a cuantos, con su generoso y entusiasta esfuerzo, han hecho posible que el sueño de Esteban se convierta en realidad: el *boom* de la historia de la contabilidad continúa, tendiendo a lo que posiblemente sea su punto óptimo, a una velocidad de crucero más que aceptable

En este caso, la velocidad bien puede medirse en el número de trabajos (entre cincuenta y sesenta) que, cada año, son considerados por el Jurado, que otorga el Premio Internacional Enrique Fernández Peña de Historia de la Contabilidad.

Además, y por último, pero no menos importante, para que progrese en su recorrido, hace falta un vehículo que permita que la antorchase pueda mover con soltura. Entre las infraestructuras que nos dejó Esteban, *De Computis* es ese vehículo, efecto multiplicador tan necesario para que se incremente nuestro conocimiento sobre la historia de nuestra disciplina. Gracias, también, por tanto, a la Revista, y a todos los que, con eficaz esfuerzo, la hacen posible, con especial mención de Fernando Gutiérrez Hidalgo, que lleva el timón con notable pericia.

RETRATO DE LA REINA

Antes de entrar en materia, nos gustaría recordar cómo era el aspecto de la Isabel La Católica y, para ello, nada mejor que el retrato que, en torno a las postrimerías del siglo XV, le hizo su pintor de cabecera, Juan de Flandes y que hoy podemos contemplar, en todo su esplendor y belleza, en la Galería de las Colecciones Reales, dependencia aneja al Palacio Real.

Casi diríase una tabla gótica, aunque con toques de un Renacimiento emergente, que ya brota con fuerza. Pintado al óleo sobre madera, se supone que fue hecho en torno a 1500, con lo que, de ser así, la Reina Católica no había cumplido todavía el medio siglo cuando se avino a ser inmortalizada por aquel pintor flamenco, procedente de un lluvioso país centroeuropeo.

Paradojas de la historia, algunos años después ese país habría de pertenecer al vasto imperio gobernado por su nieto, el emperador Carlos I de España. El autor, Juan de Flandes, fue pintor de cámara de la reina desde su llegada a España en 1496 hasta el fallecimiento de la soberana, en noviembre de 1504.

Cada vez que vemos este retrato de Isabel la Católica coincidimos en un sentimiento común: nos emociona pensar que estamos delante de la imagen cierta de un personaje casi legendario o, al menos épico, que existió realmente hace cinco siglos y que supo hacer transitar sus reinos desde un puzle previo -Castilla, Aragón, Portugal, Navarra y el reino musulmán de Granada- hasta el esplendor de la unión, en un talante de modernidad, base de lo que es el actual reino hispano.

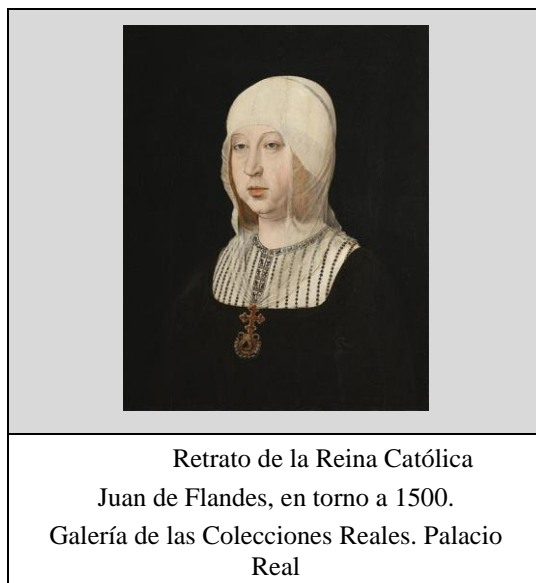
No menos emocionante resulta imaginar a esta mujer, menuda de apariencia, pero de carácter tan potente y enérgico como nos narra la historia y como denota su rostro, dejando a un lado sus muchas preocupaciones de gobierno, para ponerse delante del caballete del aquel pintor, venido del norte, y que en su paleta traía novedosos y renovadores aires de cambio y de revolucionaria modernidad artística.

La imagen, uno de sus últimos retratos conocidos, representa a la Reina en los años postreros de su vida, mostrando dolor en su semblante, probablemente causado por los muchos acontecimientos adversos que le ha tocado vivir: las sucesivas muertes de sus hijos Juan e Isabel, y del hijo de ésta, Miguel y la constatación de la deficiente salud mental de su hija Juana.

El pintor, fiel a la tradición flamenco-borgoñona, presenta la efigie de la reina con absoluta sobriedad, vestida de saya oscura, que refuerza la blancura de su camisa. Entre los detalles, elegidos por la soberana para el retrato - ¿o, sería el artista quien los sugirió? - llaman la atención los leones rampantes y castillos en la cenefa que bordea el cuello y escote de esta sencilla prenda, que hemos llamado camisa. No deja de ser curioso que cuando llevaba esmerados bordados o pasamanería, esa prenda recibía el nombre de “camisa morisca”.

También llama la atención el fino velo que cubre su cabeza, enlazando sobre el pecho con uno de los conjuntos de joyas más famosos de la realeza española, compuesto de la cruz de Jerusalén y la venera de Santiago. Todo ello sobre un fondo de un intenso negro azabache, que hace que no se distingan los límites del contorno del cuerpo de la monarca, a la vez que resaltan su cara y cabeza, coronada por un casquete de tela, semienvuelto por un velo de transparentes turgencias.

En cualquier caso, Juan de Flandes, pone una de las primeras piedras de la historia del arte en nuestro país en el no siempre fácil arte del retrato, todavía menos fácil cuando, sin querer - ¿o, quizás, queriendo? - lo que consigue es una fotografía psicológica en profundidad, que llega a plasmar en la tabla rasgos del carácter, logrando, además captar el fondo del alma de la persona retratada.



En definitiva, un magnífico testimonio histórico en una soberbia, poco menos que inigualable, obra de arte del Renacimiento español.

EL CAMARERO (O CAMARERA) MAYOR Y SUS LIBROS DE CUENTAS

Antes de entrar a sacarle partido a sus asientos, conviene dar algunos datos sobre el Mayordomo de la Reina y sus funciones, que incluyen la llevanza de libros de cuentas, dónde registra las compras y otros gastos que hace para la soberana.

✓ *La Cámara Real y sus servidores*

El término “Cámara Real” se refería, en principio, al conjunto de aposentos y dependencias destinados a alojar al monarca y a su séquito más próximo. Además, utilizando esa figura gramatical que autoriza a llamar al contenido de la misma manera que al continente -¿metonimia la llaman los eruditos- “cámara” puede aludir también al conjunto de personas empleadas al servicio de los aposentos del monarca (o sea, de la Cámara Real) que satisfacían un también extenso repertorio de funciones.

Ocupar un puesto en la Cámara exigía una hidalguía previa, que a su vez se reforzaba por el hecho de ostentar un cargo en la Corte, por nimio o irrelevante que éste fuese.

Normalmente cualquiera de los empleos en cuestión estaba ocupado por un gentilhombre... o, en contadas ocasiones, por una mujer, no menos gentil. Beatriz Galindo, La Latina, es un buen ejemplo de ello, pero no el único.

Un cargo importante era el de maestresala, gentilhombre que, entre sus cometidos, tenía el de probar los alimentos que se ofrecían al monarca, en todas y cada una de las comidas del día, no fuera que estuvieran envenenados.

Además, en el caso de Isabel la Católica, entre los cargos importantes a su servicio personal, se encontraba una “tropilla” de damas, comandada por la Dueña, administradora del ajuar y otros elementos de la intendencia próxima a la Reina, con especial referencia a vestimenta, tocados, fondos de armario, limpieza, aseo o higiene personal...

Al servicio de la Cámara además, había jefes -o jefas- de guardarropa y sus ayudantes: sastres, lavanderas, almidoneras, zapateros, costureras...); personal ocupado en la salud del gobernante o de la gobernante (médicos, cirujanos, sangradores, boticario mayor y sus dependientes, encargados de alambiques y redomas, horteras y mancebos de botica); empleados en la cocina y comedores (cocineros, pinches, despenseros, sumilleres, maestresalas, bodegueros...) y un largo etcétera que incluye cualquier oficio que imaginarse pueda, en el servicio que requería la cotidianidad en el devenir de la vida de la realeza.

✓ *El Camarero Mayor*

El cargo más importante era el de Camarero Mayor, término que hay que entender como servidor encargado de la Cámara, cuyas funciones suponían la gestión y el control de toda la intendencia habitual, tanto la relativa al personal como por lo que respecta al mobiliario, enseres y utillaje de todo tipo, en un entorno próximo, incluso íntimo, al soberano o soberana y, también, de sus ascendientes y descendientes más próximos.

Para el mejor gobierno de las dependencias regias, el Camarero Mayor contaba a su vez con un grupo de personas de apoyo administrativo, que gestionaban gastos, autorizaban pagos y los realizaban, confeccionaban inventarios... y, también, llevaban libros de cuentas, en los que registraban todos los movimientos: escribanos de cámara y de las joyas; adobadores de doseles, de música y de la tapicería; compradores de los pedidos de cámara; continos (oficiales de compañía al servicio permanente) ...

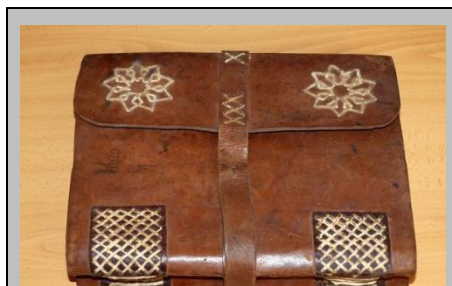
En paralelo, hay que recordar que situado en la cúspide de la Real Hacienda, se encontraba el Contador Mayor del Reino, ya conocido de quienes hayan seguido, en “Contabilidad y Literatura”, la serie “Íñigo de Loyola al servicio del contador Mayor de Castilla”.

En este caso fue Juan Velázquez de Cuellar, gentilhomme a quien se confió la formación del joven guipuzcoano, en su palacio fortaleza de Arévalo.

✓ *Los libros de cuentas del Camarero*

Para llevar buen control de la ingente cantidad de objetos que componían la cámara, y de las numerosas entradas y, especialmente, salidas de efectivo, era imprescindible la labor de los “escribanos de la cámara”, que tenían por cometido llevar el control de todo lo que entraba y salía, tomando cuenta de todo ello en los libros de la cámara.

Para el Camarero, estos registros eran un importante instrumento de trabajo porque contenían el inventario de todo el patrimonio real de la cámara, de modo que con ellos controlaba todo lo que estaba a su cargo. Su custodia se encomendaba a uno de los mozos de cámara, que “tiene las llaves della”.



Cubierta del libro sexto de cuentas del Camarero de la Reina Isabel la Católica, dedicado a manteles, tocados y cintas.

Tener los libros en buen estado y actualizados era muestra de que el Camarero estaba ejerciendo bien su oficio. El método utilizado es el de “cargos y datas” -el usual en aquel tiempo para rendir cuentas- anotando como “cargo” el bien recibido por el gestor o administrador (en este caso el Camarero), siendo el descargo o “data” la constancia de haber devuelto o pagado ese bien.

Cuando lo entregado era menor que lo recibido se producía el “alcance”, que quedaba en contra del gestor al que se le tomaba cuenta, contrayendo la obligación de hacer depósito del bien o del importe de la diferencia.

Saldado el alcance, el interesado recibía su correspondiente carta de finiquito (“*fin y quito*”) o fenecimiento de cuentas de parte de la Contaduría Mayor de Cuentas.

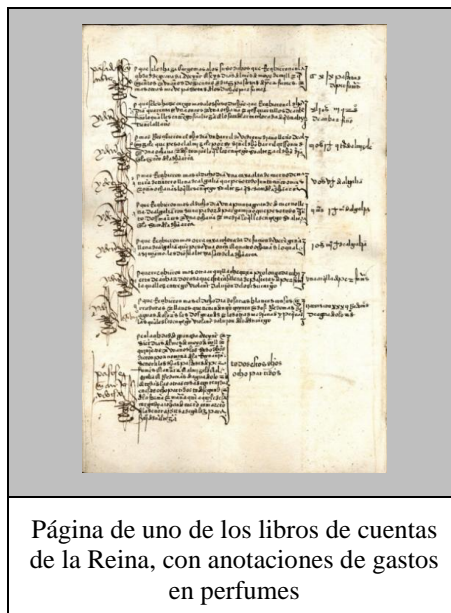
Se trata como acabamos de comentar, de un método habitual en la época, especialmente utilizado por los administradores, en el sector público o en las administraciones señoriales.

✓ *Un palacio, joya del barroco*

Todos cuantos conocemos Cáceres, admiramos su caso antiguo, ejemplo de arquitectura señorial y religiosa. Y, dentro del mismo, seguro que nos hemos detenido, no sólo con admiración, quizás también con alguna reverencia, en una de las joyas del barroco cacereño: el palacio de los Golfines, noble familia, de rancio abolengo, que habitó en tan señorial mansión. Uno de los miembros de ese linaje, Sancho de Paredes, fue Camarero Mayor -es decir, jefe de la Cámara- de Isabel la Católica. Entre sus cometidos, inherentes a tal cargo, estaba procurar atención a los requerimientos de intendencia de la soberana.



Para ello ordenaba las adquisiciones oportunas, cuyos importes se asentaban, adecuadamente descritos y aún justificados, en los correspondientes libros de cuentas.



✓ *El archivo histórico de los Golfines*

Estos libros, junto con otra interesante documentación, se encuentran en Cáceres, en la Fundación Tatiana Pérez de Guzmán el Bueno, en El Palacio de los Golfines, no sólo abierto al público como museo, sino, también, en cuanto respecta a sus fondos documentales, a disposición de los investigadores en su archivo histórico.

SEÑORAS MUY NOBLES E ILUSTRES EN LA CÁMARA

En este Encuentro de Historia de la Contabilidad, que nos convoca en Cádiz bajo el lema “Historia, Diversidad y Contabilidad”, nos parece importante señalar, aunque sea brevemente, la presencia de interesantes personajes, de sexo femenino, de muy alto nivel intelectual, científico y político, en la corte de Isabel de Castilla.

Comencemos por una precisión previa, ya apuntada más arriba, aunque probablemente no sea necesario insistir. Es sobradamente conocido el que cada uno de los cargos de la Cámara se encomendaba a un gentilhomme. Resulta curioso que este término apenas contemple su equivalente en género femenino: *gentilmujer* o, quizás mejor, *gentildama*. Aunque haberlas, *haylas* (o las hubo) pero no muchas, como a renglón seguido pondremos de manifiesto.

✓ *Camareras en la corte*

Con ello, la expresión dual “camarero o camarera” que hemos puesto por título a algún epígrafe, no es una concesión de rutina a nuestro auditorio, ni al lenguaje no sexista. Por el contrario, tiene razones poderosas, con nombre y apellidos.

En efecto, si bien el protagonista de nuestra historia es Sancho de Paredes Golfín, camarero de la Reina, de la familia de los Golfines, al que nos vamos a referir enseguida, no queremos omitir una mención muy especial, aunque sea breve, a dos grandes damas, que ocuparon el puesto de Camarera de la Reina de Castilla, con anterioridad al aludido Sancho de Paredes.

Beatriz Galindo

Beatriz Galindo, apodada "La Latina", destacada humanista que atesora todos los valores del Renacimiento, polifacética y de indudable carisma, fue preceptora de la Reina además de desempeñar su función oficial como Camarera Real. Alumna de la Universidad de Salamanca, se le atribuye haber sido maestra de latín de la soberana y de sus hijas, además de escritora e, incluso, traductora de los clásicos griegos. Nos apuntamos a esta visión La Latina, advirtiendo, no obstante que, al existir poco soporte en fuentes documentales que lo prueben, no todos los historiadores están de acuerdo en esta visión de Beatriz Galindo.

Violante de Albión

Menos conocida, aunque no menos valiosa, fue Violante de Albión, también Camarera de la Reina católica con anterioridad a Sancho de Paredes. De ella consta su importante papel a cargo de las ropas, joyas y otros bienes personales de la Reina, incluyendo el control del contenido de sus aposentos privados en Granada, según documentos fechados entre 1500 y 1501. Su hermano fue *mosén* Juan de Albión, alcaide de Perpiñán, lo que la relaciona también con la nobleza aragonesa.

✓ *Otras cortesanas no camareras*

También cabe señalar, como cortesanas, criadas de alcurnia (aunque no camareras) a otras dos mujeres, que acompañaron a la Reina en la guerra de Granada, prestando en ambos casos ayuda a los heridos.

Beatriz de Bobadilla

Muy ilustre dama, cuyo padre fue alcaide de Arévalo, lugar de residencia de la Reina viuda, Isabel de Portugal y de sus hijos, Isabel (futura Reina Católica) y Alfonso. A pesar de la diferencia de edad -once años mayor- Beatriz se convirtió, durante la estancia de Isabel en Arévalo, en su amiga de juegos, confidente y protectora hasta que, en 1462, Isabel y Alfonso fueron trasladados a la Corte. Ese ascendiente, originado en la difícil infancia de Isabel, le procuró a Beatriz un papel relevante ante la Reina hasta la muerte de la soberana.

Teresa Enríquez

Reconocida como venerable por el papa Francisco, también con una importante labor humanitaria junto a Isabel la Católica en la guerra de la conquista de Granada, donde se encargaba de atender a los heridos. Devota del Santísimo Sacramento, se dedicó a su exaltación durante los años de retiro en Torrijos (Toledo), una vez fallecido su marido Gutierre de Cárdenas, Contador Mayor de los Reyes Católicos y alcalde de Toledo. También en esta etapa de viudedad se interesó por los enfermos y necesitados, de modo que todos los días ella misma atendía a los pobres a la puerta de su casa, por lo que a Torrijos acudían gentes de todas partes para obtener una limosna, trabajo o comida. Estuvo además pendiente de la enseñanza de los niños, instituyendo “los clerizones”, infantes cantores, de estratos sociales bajos, que recibían instrucción y educación. También se preocupó por apoyar a las mujeres entonces consideradas de “vida descarriada” para volverlas al buen camino y mejorar su estatus social, proveyéndolas de dotes dignas para que pudieran conseguir un buen marido.

Personajes femeninos a los que habría que añadir los de ese sexo integrantes de la propia familia de la Reina, especialmente sus hijas, Isabel, Juana, María y Catalina de Aragón, sin olvidar otras mujeres de la corte, como María de Santo Domingo, Beatriz de Silva, y Lucía de Medrano.

LOS LIBROS DE CUENTAS HABLAN

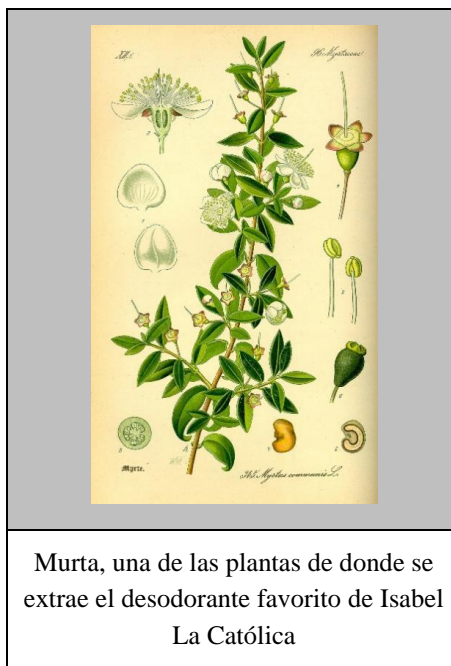
Pues bien, algunos de los libros del Camarero Mayor, Sancho de Paredes, registran anotaciones de frecuentes y abundantes compras de productos, quizás cosméticos de la época, de los que no cabe duda, se utilizaban *in illo tempore* con fines de cuidado e higiene personales.

Al objeto de nuestro análisis, agrupamos las salidas de efectivo en dos grandes capítulos: perfumes y artículos de aseo e higiene personal.

✓ Perfumes adquiridos por el Camarero

En cuanto al capítulo de perfumes, veamos la lista de productos que extraemos de los libros del Contador Mayor, junto con las definiciones y otras consideraciones que al respecto nos ofrece Wikipedia sobre cada uno de ellos.

- *Algalia*: Sustancia con olor parecido al del almizcle, contenida en un saco situado entre las piernas traseras de varios cuadrúpedos pequeños, que la segregan especialmente cuando se irritan. El mamífero llamado ginetta también es conocido como gato de algalia, por producir esta sustancia. Asimismo, la producen otras especies: *Civettictis civetta* en África, y *Viverra zibetha* y *Viverricula indica*, en Asia. Se usa en perfumería.
- *Almizcle*: Conocido también como musco (del latín *muscus*), nombre dado originalmente a un perfume obtenido a partir de una sustancia de fuerte olor, secretada por una glándula del ciervo almizclero, y que luego ha servido para designar a las sustancias producidas por otros animales y plantas de olor similar.
- *Benjuí*: Resina aromática extraída de árboles del género *Styrax*, principalmente en el Sudeste Asiático, y que se usa en perfumería y cosmética, como fijador de fragancias y en rituales por su dulce olor a vainilla y sus propiedades terapéuticas. Se obtiene con incisiones en la corteza del árbol, dejando que la savia gotee y se solidifique.
- *Aceite de azahar*: extraído de la flor del naranjo, es beneficioso para la piel por sus propiedades regeneradoras, calmantes y antioxidantes, que ayudan a mejorar la apariencia de cicatrices y manchas, reducir la inflamación en pieles sensibles y proteger contra el envejecimiento prematuro. También es hidratante, tonifica la piel y puede ser útil para tratar acné, estrías y pieles desvitalizadas.



- *Agua de murta*: cosmético desodorante casero y tónico, hecho con hojas de la planta de murta cuyas hojas tienen propiedades digestivas y que también pueden utilizarse para hacer licores.

- *Ungüentos de ámbar fino*: productos cosméticos con extractos de ámbar báltico para el cuidado de la piel, aprovechando sus propiedades antiinflamatorias y antibacterianas. También existe un barniz o laca de ámbar con función protectora y antiséptica, hecho de ámbar y aceite de linaza. Además, se pueden encontrar polvos de ámbar para uso en masajes o exfoliación.

✓ ***Jabón y otros productos de aseo e higiene personal.***

Además de esos productos, destinados especialmente a dotar al cuerpo de sutiles fragancias, ¿se encuentra también en los libros alguno que sirva para lavarse? Dicho de otra manera, entre las compras registradas por don Sancho de Paredes, Camarero Mayor de la Reina, ¿hay algo que se parezca al jabón?

Por supuesto que lo hay y en cantidades importantes. El cuadro adjunto, que hemos adaptado de nuestra fuente principal, la aportación de Miguel Ángel Ladero Quesada presenta de manera sintética los datos extraídos de los libros en los que se llevaba el control de los gastos relativos a este capítulo específico: compras de jabón y, además, un interesante añadido de gastos colaterales, relativos al baño, a la limpieza de la cámara y a sus circunstancias.

Categoría	Producto registrado	Cantidad o frecuencia	Costo aproximado (maravedís)	Observaciones
<input type="checkbox"/> Jabones y perfumes	Jabón fino / jabón de Castilla	Compra mensual	30–50 maravedís por libra	Usado para el baño y el lavado de manos.
	Jabón oloroso (con esencias)	Varias veces al año	100–150 maravedís por libra	Considerado artículo de lujo, comprado a boticarios.
<input type="checkbox"/> Lavanderas	Salarios de lavanderas de cámara	Semanal / mensual	300–500 maravedís mensuales	Incluye pago por leña, jabón y transporte del agua.
	Lavanderas en viaje real	Por desplazamiento	50–100 maravedís por jornada	Se desplazaban con la corte en itinerancia.
<input type="checkbox"/> Baños	Leña y carbón para calentar agua	Por baño	20–40 maravedís	Preparación del baño en aposentos privados.
	Hierbas olorosas y vino para baños	Ocasional	50–70 maravedís	Uso medicinal y cosmético.

Categoría	Producto registrado	Cantidad o frecuencia	Costo aproximado (maravedís)	Observaciones
	Servicio de mozos de baño	Por evento	100–150 maravedís	Encargados de traer agua y atender el baño.
<input type="checkbox"/> Utensilios de tocador	Espejos, peines, peinetas, agujas, cofres	Eventual	200–400 maravedís por pieza	Muchos eran de plata o marfil.
	Toallas y paños de manos	Frecuente	20–30 maravedís cada uno	Ropa de lino, lavada y reemplazada con frecuencia.
<input checked="" type="checkbox"/> Limpieza de aposentos	Vinagre y aguas aromáticas	Regular	40–60 maravedís por limpieza	Desinfectante y ambientador.
	Cambio de sábanas, manteles y tapices	Periódico	Variable (100–300 mrs.)	Muestra cuidado de la higiene ambiental.

DESMONTANDO LA LEYENDA

Muchas de las leyendas que nos ofrece la tradición no son verdaderas, o tergiversan la realidad. Estereotipos, transmitidos de generación en generación, integrados en el acervo de creencias populares, se ha demostrado que no son reales. Por ejemplo, Napoleón Bonaparte no era tan canijo como afirma el vulgo, ni desayunarse un buen vaso de zumo de limón quema grasas, ni el monstruo se llamaba Frankenstein.

✓ *Se lavaba abundantemente*

Pues bien, a la luz del contenido de los libros de cuentas, la conclusión es contundente: todo hace pensar que Isabel la Católica se bañaba abundantemente, y se perfumaba con fruición y esmero, es decir, no menos abundantemente. Y no sólo eso, sino que, además, de puro limpia y aseada que era, resulta más que probable que la Cámara Real estaba inmaculada y reluciente como los chorros del oro, mientras que, a buen seguro, los suelos brillaban como una patena. Al menos a tenor de lo que Sancho de Paredes registraba en sus libros.

Desmontamos, por tanto, la leyenda popular. No obstante, por aquello de que en investigación siempre hay que buscarle tres pies al gato, podríamos plantear otras hipótesis colaterales, a modo de discusión del hallazgo: quizás los jabones comprados no eran para la Reina, sino para Beatriz Galindo, La Latina, una de las más preclaras -¿o sea, limpias? -entre sus damas de corte; quizás, podríamos pensar que, en un ejercicio de hábil escamoteo, el mayordomo simulaba la compra, en beneficio de su bolsillo, o que tal vez, una vez comprados y ante la ausencia de su uso por parte de la reina, regalaba los jabones a Isabel Cuello, su esposa.

O, incluso, vaya usted a saber si no los distraía, poniéndolos a buen recaudo, para sacarlos después a la venta en alguna de las ferias de Medina del Campo o de las otras localidades con importantes mercados, que florecieron durante el reinado de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

Decíamos más arriba, con apoyo del mismísimo Cervantes, que nuestro propósito no era hacer un trabajo erudito, según los patrones clásicos, así que dejamos nuestra conclusión como está, sin entrar en discusiones adicionales. Y quién le quiera buscar más pies al gato de los que le hemos buscado nosotros, y pretenda opinar lo contrario, que lo pruebe ahora, y si no, que calle para siempre.

✓ ***Parece poco serio. ¿En qué quedamos?***

Nos queda todavía por aclarar una última cuestión, de calado notable y de necesario comentario, no vaya a ser que alguien se acuerde y, lo que es peor, nos eche en cara, lo acaecido en Cádiz, donde nuestra conclusión al respecto de la higiene personal de la Reina era, justamente, la contraria a la que hoy y ahora manejamos: entonces concluíamos que no se lavaba, mientras que ahora afirmamos que su aseo personal era tan intenso que hasta era objeto de crítica por parte de su confesor, el cardenal Pedro González de Mendoza. Y no nos consta, pero quizás, también, de uno de sus más influyentes consejeros: el también cardenal Fracisco Jiménez de Cisneros.

Desde luego, que parece poco serio. Está claro, sin embargo, que la incertidumbre y, por ende, la correlativa relatividad del conocimiento, son consustanciales a la investigación. Hay que recordar aquí que con el siglo XX, la socia epistemología cambió radicalmente sus planteamientos

✓ ***Popper tenía razón.***

Nunca podemos estar seguros de que algo es verdad. Aceptamos como cierta una proposición mientras no se demuestre lo contrario. La contrastación positiva de una hipótesis es una falacia, no existe, es imposible; nunca podremos afirmar que una teoría es cierta, por lo que la aceptamos mientras no aparezca ningún hecho que la refute.

Ciertamente, nuestro cambio de criterio, además de disculpable, es muy aprovechable. Nos viene muy bien, al menos por dos motivos. Primero, porque confirma que Popper tenía razón: en tanto no había pruebas en contra, parecía razonable asumir que no habiendo encontrado compras de jabón parecía razonable admitir que la reina no se lavaba. Todo ello hasta que el descubrimiento de un nuevo libro, específico para registrar artículos de limpieza, nos puso en la pista de la hipótesis contraria.

Y, además, como segundo motivo, porque pregona muy a las claras las ventajas de la partida doble sobre el método de cargo y data. La culpa es del cargo y data

Quizás haya quien piense que se trata de una sutil y bien trabada añagaza por nuestra parte para justificar el cambio, pero la causa de nuestro error inicial es del sistema de cargo y data que utilizaba el camarero de la época.

La existencia de un libro -para más *inri*, llamado mayor- en el que se van consignando los gastos de la Cámara, autoriza a pensar que, si una partida no está en ese libro, es porque nunca existió el concepto correspondiente.

Así lo asumimos, dando por bueno que, si no había compras de jabón, era porque no se utilizaba. Sin perjuicio de la necesaria y habitual búsqueda de los tres pies del gato, que examinó otras posibilidades, como podría ser la fabricación casera -palaciega en este caso- del jabón, por el tradicional método de la abuela a base de sosa caustica. Incluso se comprobó que no había compras de este último producto. Pero lo que no se nos ocurrió es pensar que los jabones tenían un peso específico y una importancia de tal magnitud para la Cámara, que sus compras, sin duda abundantes, se llevaban en un libro aparte. Desde luego, poco perdón tiene nuestro despiste, sobre todo si pensamos que ambos autores tenemos alguna investigación en contabilidad monástica, donde, por ejemplo, en Santo Domingo de Silos, el número de libros llevados no bajaba de una docena larga: misas, limosnas, bodega, cereales, inventario, manual o borrador...

Al menos, nos queda la moraleja: si investigas libros de cuentas llevados por cargo y data, asegúrate de haber comprobado que no hay ningún libro escondido en algún recóndito lugar de las dependencias, llenas de polvo y telarañas, en las que se custodian los libros de cuentas.

Ni que decir tiene que algo así nunca nos habría ocurrido en el sistema de partida doble, donde, salvo escamoteos culposos y quizás dolosos, toda la información discurre por los cauces inherentes al método: registro de un hecho primero en el diario, y luego en el mayor.

✓ ***Conclusión: el perro está rabioso, o no lo está***

Con lo que, a modo de primera conclusión, no podemos sino dar la razón a Don Ramón de Campoamor -ilustre poeta asturiano que, *casualmente*, tiene el mismo nombre de un célebre teatro en Oviedo- cuando, en una de sus más conocidas “doloras”, afirma que:

“en este mundo traidor nada es verdad ni mentira, todo es según el color del cristal con que se mira”.

Nos consuela sobremanera que, cuando la investigación no es petulante, nada tiene de extraño reconocer el yerro o, al menos, la ausencia de conclusiones claras, que permitan pronunciarse al investigador. Efectivamente, consuela recordar que ya lo decía el siempre sensato Johan Sebastian Mastropiero cuando, tratando de demostrar el beneficioso efecto del sonido de un violín monocorde de su invención, en el normal crecimiento y desarrollo de sus mirlos, advertía de la existencia de otro investigador, que trabajaba con una hipótesis radicalmente diferente: “el mirlo, ese pájaro sordo”.

También nos resulta reconfortante ver reconocidas las dificultades de la investigación en las conclusiones de aquel no menos sensato coro de doctores, quien contundente, tras examinar concienzudamente las pruebas disponibles, concluía lo siguiente:

Y de esta opinión nadie nos sacará:

¡El perro está rabioso, o no lo está!

Aunque también nos asalta la duda de si lo descrito en ambas piezas musicales responde a la realidad de la investigación o si, por el contrario, tanto Les Luthiers, creadores de Mastropiero, como Ramos Carrión y Vital Aza, libretistas de “El Rey que rabió” no escribieron sino una parodia de algo que debería ocurrir en la realidad, pero que rara vez ocurre: el reconocimiento de una duda razonable sobre los resultados de la investigación.

Demos siempre por bien empleado cualquier intento investigador, con tal de que su planteamiento sea correcto, aunque, no habiendo llegado a una respuesta concluyente, no hayamos podido dar por satisfecho su propósito principal. Bien empleado, decimos, porque los hitos o mojones colaterales del recorrido y, sobre todo, su disfrute, justifican sobradamente el envite

✓ ***Itaca. Lo importante es el recorrido.***

No sólo Mastropiero o el “Coro de doctores”. También Kavafis nos viene al pelo. Porque es el poeta griego quien, a través de su Itaca, nos muestra que más importante que llegar a la meta es el recorrido.

No nos importa tanto la conclusión como el camino. Cual si de un viaje a Itaca se tratara, intentar indagar sobre las costumbres de aseo personal de la Reina Católica nos ha permitido asomarnos al medievo y hacer un inventario de los perfumes y jabones que -presumiblemente- utilizaba la soberana o, al menos, que en su nombre compraba y anotaba cuidadosamente en sus cuentas, uno de sus camareros, fijodalgo, gentilhomme, del muy noble linaje de los Golfines, con blasón de cuatro cuarteles y palacio solariego y señorial, en lo que hoy es el casco antiguo de Cáceres.

Ese recorrido nos resulta, sin duda, mucho más valioso que la llegada a la meta, porque nos enriquece, a la vez que confirma alguna de las lecciones del maestro. De ello nos ocupamos en el siguiente epígrafe.

ENTONCES, ¿SIRVE DE ALGO TODO ESTO?

Volvamos ahora a la pregunta que, en el seminario de Sedano, le formuló al maestro, Esteban Hernández, aquel participante, tal vez un poco “descolocaillo”, por cuanto dejaba a las claras lo poco que conocía de lo mucho que ha avanzado en los últimos años la historia de la contabilidad como disciplina científica: ¿Pero, para qué sirve todo esto?

Esteban respondió que es útil, al menos, por las tres razones que exponemos continuación.

✓ *La Historia de la Contabilidad, vía privilegiada...*

Nos resulta muy grato recordar que fue en Sedano cuando, por primera vez, escuchamos este argumento, que se nos quedó grabado, que hemos utilizado y repetido con frecuencia, y que guardamos como muy venerable -y venerada- reliquia del maestro.

En la muy extensa obra de Esteban Hernández pueden encontrarse numerosos ejemplos en los que se pone de manifiesto, de manera clara, la contribución de la historia de la contabilidad como fuente primordial y privilegiada no sólo para la historia económica sino, también, para la historia en general.

Como muestra, nos sirve este botón, planteado expresamente por el propio Esteban como demostración de aquel argumento. Nos referimos a uno de sus trabajos, que se ocupa del estudio de los libros de cuentas del aparato administrativo y financiero, montado y utilizado por Felipe II para recoger y situar en los lugares requeridos los fondos necesarios para financiar la guerra que el Papa Pablo IV y el rey de Francia Enrique II habían emprendido contra España. Esta importante obra demuestra que fueron los libros de cuentas los que decidieron el momento oportuno para acometer la gesta: el ataque se produjo cuando los registros confirmaron que todos los caudales estaban en su sitio y que había dinero suficiente.

Como punto final de estas consideraciones, transcribimos unas de sus frases en las que Esteban Hernández sintetiza su planteamiento al respeto:

“...la Historia de la Contabilidad, que, hace tan sólo treinta o cuarenta años era una actividad intelectual dedicada al estudio de la evolución y desarrollo de la ciencia contable a través de los tiempos, ha pasado a ser en la actualidad una vía privilegiada de aproximación a la investigación histórica en general a partir del estudio y examen de los libros de cuentas y demás documentación contable.

Su misión, tal como se entiende ahora, es la de extraer todos los conocimientos que sea posible obtener del análisis de esta documentación, insertada en su adecuado contexto. Su característica distintiva, pues, es la metodología empleada, que se basa en el análisis de los libros de cuentas y demás documentación contable.

La gran variación con respecto al planteamiento anterior... es la enorme ampliación de horizontes que lato sensu ha supuesto la nueva visión”.

En definitiva, y como queríamos demostrar, Esteban Hernández Esteve opinaba que los libros de cuentas y, con ellos, la historia de la contabilidad, son una vía privilegiada para ver la vida su través

✓ *Los hechos se ven de otra manera al conocer la historia que encierran*

También aquí el argumento es claro y contundente: cuando conocemos la historia, vemos las cosas de diferente manera. Utilizaremos un ejemplo clásico para ilustrarlo. Clásico, porque lo venimos utilizando con reiteración, cada vez que hemos tenido ocasión de poner de manifiesto las bondades que conlleva el estudio de la historia de nuestra disciplina, la contabilidad.

Todo el mundo conoce, no sólo en Madrid, a la Cibeles, esa dama, mitológica y de garbo señorial, algo castizo, que conduce un carro tirado por dos leones. Pero no todo el mundo sabe cómo se llaman esos dos bellos animales, ni porqué están allí.

El relato, narrado por Ovidio en la Metamorfosis, es hermoso e ilustrativo de este argumento, y hemos tenido ocasión de comentarlo más de una vez con el maestro, incluso paseando por la plaza en la que está la estatua de la Cibeles (Ceres para los griegos, pues el que usamos ahora es su nombre romano).

Atalanta, al nacer, había sido objeto de un confuso e inquietante oráculo:

"Nada te conviene un esposo... Y, aunque no lo busques, no conseguirás librarte de uno y, por su causa, en vida te verás privada de ti misma".

Reticente por esta causa al matrimonio, y siendo buena corredora, desafiaba a una carrera al pretendiente: si éste ganaba, Atalanta sería su esposa; pero si perdía, ¡¡ay, pobre de él!!, si perdía sería ejecutado al finalizar la carrera, en un cadalso preparado *ad hoc* junto a la meta.

Hipomenes contempla un día una de estas carreras y, prendado de la belleza de Atalanta, a pesar del fatal destino de los anteriores pretendientes -que no debieron ser muchos- decide retarla, poniendo con ello en juego su vida.

En capilla para celebrar la carrera, Afrodita se aparece en sueños a Hipomenes, le entrega tres manzanas de oro y le indica como usarlas en la carrera, para que pueda conseguir su deseo.

Dicho y hecho: cada vez que Atalanta cobra ventaja, él le arroja una manzana de oro; ella se agacha y se retrasa por cogerla. Finalmente, a pocos metros de la meta, con Atalanta a punto de cruzarla, Hipomenes le lanza la última manzana. Tensión a tope en el graderío, décimas de segundo con emoción a raudales y un nudo en todas las gargantas. ¿Qué hará Atalanta?

También ella parece dudarlo. Pero en el último nanosegundo, confiando quizás en que podría mantener su ventaja, se agacha y recoge la manzana. Hipomenes, que tampoco era manco -o, mejor dicho, cojo- redobla su esfuerzo en el *sprint* final y gana la carrera. Poco después, los ya esposos marchan juntos, amarraditos de la mano, en busca de un, sin duda, prometedor futuro.

Sin embargo, la cruda realidad no fue tan prometedora. Cuando, amartelados como tortolitos, los jóvenes pasan delante de un templo, junto al que hay una gruta consagrada a la diosa Ceres, ambos sienten irrefrenables deseos de consumir su amor y entran en la cueva, poniéndose a ello. Pero este acto amoroso provoca la ira de Afrodita que, en castigo, los convierte en leones, y los condena a tirar eternamente del carro de la diosa Ceres, mirando cada uno hacia un lado diferente, para que no puedan volver a verse *per in secula seculorum*.

Desde que conocemos esta pequeña gran historia, ha cambiado notablemente nuestra percepción del madrileñísimo monumento de Ventura Rodríguez. No sólo vemos el hermoso conjunto que forman las estatuas. Conocemos también su historia, sus personajes, sus nombres, la razón por la que se encuentran allí e, incluso, el motivo por el que no se miran cara a cara...

Y, de paso, meditamos sobre los intrínquilis de tan bella historia: no conseguimos entender el enfado de Afrodita (Venus para los romanos), motivado quizás por unos celos derivados de su amor, no declarado, hacia Hipomenes. También nos resulta curiosa y digna de meditación la postura de Atalanta. ¿Estaba secretamente enamorada de Hipómenes y por eso se dejó ganar?

De no menor interés es desvelar el mensaje subyacente, la moraleja- que Platón, su supuesto autor, nos quiso dejar con este relato. ¿Se trata de una crítica a la ambición de Atalanta? ¿Una loa al tesón de Hipomenes? ¿Una llamada de atención sobre la conveniencia de reprimir nuestras pasiones so pena de tener que sufrir las consecuencias de nuestros desenfrenos?

Volviendo a nuestro hilo conductor, la conclusión que obtenemos de esta leyenda resulta muy esclarecedora de cuanto decimos: el conocimiento de los pequeños detalles históricos ilustra sobremanera la visión que podemos tener de las cosas y, con ello, enriquece no sólo a la historia, también a la persona que la conoce.

Quizás alguno de nuestros lectores, cuando pasee por la Cibeles, recordará este relato y se dará cuenta de que ya no ve el monumento de la misma manera que antes: ahora es algo mucho más entrañable. Compruébenlo, y verán. En Madrid o en Mexico DF, dónde, como es sabido, existe una réplica exacta, emplazada a dos cuadras de la glorieta de Insurgentes, como muestra de hermandad entre ambas ciudades

	
<p>Bella estampa de La Cibeles, uno de los monumentos más conocidos de la capital de España...</p>	<p>...con los dos leones, Atalanta e Hipómenes, castigados a tirar eternamente del carro y a mirar en direcciones distintas</p>

✓ *Un tercer argumento: la toma de decisiones*

El tercer argumento no es menos importante, en la medida en que refuerza la importancia social de la información contable: nuestra disciplina, o si se prefiere, los libros de cuentas, a lo largo de la historia, han servido de soporte para la toma de grandes decisiones de estado, tanto bélicas como en tiempos de paz.

Si bien en la antigüedad y en la baja Edad Media, el gobernante, cuando pretendía comenzar una guerra, acudía al hechicero, a la sibila, o al oráculo de turno, en las etapas posteriores y, especialmente, desde los Reyes Católicos, los gobernantes llaman con frecuencia a su Contador Mayor cuando se escuchan tambores de guerra y en el horizonte se barrunta algún episodio bélico. Las evidencias históricas corroboran esta afirmación. Así, Carlos V, en sus grandes decisiones, científicas o bélicas, dependía en buena medida de lo que Jacob Függer, su banquero, pudiera decidir en cuanto a la financiación que podría prestarle para apoyar sus designios, poderosos pero onerosos.

Y aquí llega lo importante: Függer, antes de decidir, consultaba y cambiaba impresiones con sus contables, Valentín Meenher o Mathaus Schwartz, sobre la disponibilidad de fondos para financiar los planes del Emperador.

Con ello, tal vez los libros de cuentas de Velázquez de Cuéllar, Contador Mayor de Castilla, estaban detrás de la decisión de apostar las tropas reales en Santa Fe para tomar Granada, así como del momento -día, mes y año- en que se decidió el ataque;

Quizás también era el Contador Mayor quien animó a la Reina a pedirle en arriendo la nao Santa María a Juan de la Cosa, para que, tripulada por Cristóbal Colón, pusiera rumbo a Cipango por el oeste, en busca de una ruta más corta que la tradicional, para llegar a las tan deseadas y costosas especias.



Mathäus Schwarz, contable al servicio de Függer (banquero de Carlos V), es, además, autor del primer tratado conocido sobre moda. Retratado por Christoph Amberger en 1542. Museo Thyssen, Madrid



Jacob Függer da instrucciones a Mathaus Schwarz, uno de sus contables. ¿O es al revés? Bibliotheque Nationale, Paris

EPÍLOGO, A MODO DE CONCLUSIONES

Formulamos nuestras conclusiones en dos partes, en relación con cada una de las dos ideas básicas sobre las que se ha estructurado nuestro trabajo:

- ✓ La higiene de la reina, y
- ✓ Las tesis del maestro sobre el papel de la historia de la contabilidad, como fuente para la extracción de datos históricos.

- ✓ *De la primera parte: la higiene de la reina*

El recorrido, en esta primera parte, de la mano de unos registros contables, ha sido muy grato, y, a la vez, esclarecedor, porque las evidencias obtenidas ponen de manifiesto que el mayordomo de la Reina registraba en sus libros compras en cantidades importantes de perfumes y de artículos destinados al aseo personal, con especial referencia a jabones y otros productos de limpieza doméstica.

Con lo que todo parece indicar que Isabel La Católica se lavaba, y lo hacía con frecuencia. El “parece” no es sino un nuevo tributo a Popper, no vaya a ser que como en Cadiz, nos juegue otra mala pasada.

De la segunda parte, corroborando las tesis del maestro

La segunda parte del trabajo, apoyada en el magisterio de Esteban Hernández, gira en torno a tres de sus planteamientos, no por conocidos, menos importantes, en relación con la historia de la contabilidad:

- ✓ Es una vía privilegiada para la aproximación a la historia económica y, también, a la historia general.
- ✓ Al darnos a conocer el pasado, aporta una visión más rica, completa e, incluso, satisfactoria de las cosas.
- ✓ Demuestra con creces una de las cualidades, que predicamos los teóricos: el carácter de soporte para la toma de decisiones de la información contable.

Conviene, por tanto, seguir profundizando en la historia de nuestra disciplina, con el instrumental y con el ejemplo del maestro, que nos dejó una impresionante estructura, a modo de fértil terreno, en el que seguir cosechando lo que él sembró.

Porque, junto con los argumentos expuestos, insistimos una vez más en decir, una y otra vez, por doquiera que vamos y allá dónde predicamos sobre historia, que:

Conocer el extenso y muy rico pasado de nuestra disciplina nos fortalece como profesión.

Gijón, febrero de 2026, año del tercer aniversario del tránsito de Esteban Hernández Esteve, el maestro, que andará, en cualquier recóndito lugar del cosmos, con sus amigos, Leon Battista Alberti, Piero della Franchesca, Luca Pacioli, Leonardo da Vinci... organizando encuentros de historia de la contabilidad para adoctrinar a los angelitos.